

Carl Kerényi, *Prometeo*.

*La existencia humana en la interpretación griega*

ARNALDO ROSSI

#### Resumen

Esta presentación ofrece una versión sistematizada, capítulo por capítulo, del libro de Kerényi acerca del antiguo mito griego de Prometeo y su incidencia sobre la interpretación de la existencia humana. Y esto por dos razones: 1) Su reciente traducción castellana acarrea tantos problemas que para un lector hispanohablante sería imposible seguir su rigurosa argumentación. 2) Pero sobre todo esta perspectiva sistemática, con sus riesgos y posibles errores, si los tuviera, apunta a una renovada discusión y asimilación de las principales ideas de este libro, que arrojan luz sobre nuestra propia existencia actual.

#### Palabras claves

Mito, rito y costumbres humanas – existencia humana griega – Hesíodo – Esquilo – existencia humana *ut sic*.

Carl Kerényi, *Prometheus*.

*Human existence in the Greek interpretation*

#### Abstract

This paper offers a systematic version, chapter by chapter, from the book of Kerényi about Prometheus' Ancient Greek myth and its effect over the understanding of human existence. And this for two reasons: 1) Its recent Spanish translation contains so many problems that it would be impossible to a Spanish-speaking reader to follow its strict argumentation. 2) But specially this systematic outlook, with its natural dangers and possible mistakes, if they were, intends a renewing discussion and assimilation of the most important ideas in this remarkable book; they throw light over our own existence today.

#### Keywords

Myth, rite and human customs – Greek human existence – Hesiod – Aeschylus – Human existence *ut sic*.

Carl Kerényi, *Prometeo*.  
*La existencia humana en la interpretación griega*

ARNALDO ROSSI  
arnalrossi@gmail.com

**D**e este libro –1ª edición alemana en 1946 y 2ª con algún cambio en título y contenido en 1962– hay ahora una traducción castellana, con deficiencias que desconciertan e impiden seguir su cuidada estrategia argumentativa. Nos atenderemos aquí por eso a la nítida versión de Ralph Manheim al inglés.

Busca el autor en éste y otros trabajos llevarnos por un camino de profundización creciente, a cuyo servicio pone el resultado erudito de una vasta y paciente indagación, de la que selecciona sólo lo que a su objetivo cuadra. Sin el empuje lírico de esos alados párrafos donde Walter Otto, uno de sus maestros, condensa lo más depurado de su depurado saber, lo artístico de Kerényi se concentra en la cuidada distribución de los capítulos o etapas que van llevando hacia el trasfondo *mystérico* que en los mitos busca desentrañar. Es pues un *mystagogo* que ingresa con rigor llamativo en zonas cada vez más densas, decisivas y riesgosas. No gusta de las imprecisiones a que tanto acostumbran nuestros medios académicos, literarios, esoteristas. Selecciona datos con esmero y con delicadeza interpretativa penetra a fondo en ellos. Y aunque en otra ocasión hemos advertido (Rossi, 2008, pp. 42-44), acudiendo a precisiones de René Guénon, que no siempre nos convencen los perfiles del submundo hacia el que su *mystagogía* va, ello no quita a sus libros mérito alguno.

Ese mérito nos lleva a procurar de éste una cuidada sistematización, capítulo por capítulo, que tal vez permita al estudioso o lector interesado esquivar las falencias ostensibles en la mencionada versión castellana, a la que puede en cambio acudir por textos, citas o detalles aquí omitidos. Quizás así ayudemos también a no perderse en ellos, como en un laberinto que impida perfilar, según el autor quiere, la existencia del hombre griego y también la nuestra.

### *Introducción*

Busca este libro reintroducir la mitología griega en su contexto originario: relato de historias y en consecuencia palabra. Salvo que *mythos* (=palabra) y *mythología* (=relato de historias) trascienden la mera literatura. Interesa por eso la relación entre la *existencia* griega y el mito correspondiente que, siendo el más cercano a nosotros, proyecta sus luces y sombras también sobre la existencia actual. Salvo que por llegarnos fragmentado y escindido de la religión viva, el mito griego presenta hoy sobre todo sus calidades literarias y artísticas. Para trascenderlas acude el autor al testimonios de gobernantes o etnólogos que convivieron con “primitivos” pueblos actuales donde el mito sigue viviente.

Reconoce así que la existencia helénica antigua siempre mira a un pasado con vigencia en el momento actual. Allí mito no es un relato cualquiera, no ficción, sino realidad viva que, acontecida en los orígenes, determina hoy el sentido del mundo y el destino humano: ritos, costumbres y conductas. Y esta determinante realidad arquetípica lo distingue de cuentos, acontecimientos históricos, leyendas.

El mito de Prometeo dio a los griegos el modelo para sus sacrificios rituales e instrucción sobre cómo realizarlos. Tenía pues una función preliteraria; aceptando sus límites sagrados, se hacen eco de ella los poetas. Pero los griegos no eran proclives a devociones rutinarias. Si por siglos mantuvieron este modo de sacrificar fue porque percibían en él un significado imposible de formular de otro modo, en una doctrina por ejemplo. Prometeo, fundador del sacrificio, era un defraudador y un ladrón. Ofrece a los dioses un bocado sabroso pero vano; les sustrae temerariamente lo que es de ellos y eso lo condena a una desdicha insondable. ¿Lo repiten los hombres sólo por seguir una costumbre primitiva o por insertarse en una sabiduría de otro modo inexpresable?

Los poetas actuales que reasumen el mito griego no se limitan, como diccionarios y repertorios, a comunicar un contenido, sino una experiencia de él, imprescindible para acceder a esa realidad supraliteraria que Kerényi llama *mitologema*. Para este acceso diversas tradiciones y textos poéticos, con sus sutiles variaciones temáticas, dan pues el mejor camino. Pero entre los poetas modernos donde Prometeo aparece Goethe se destaca. Por él comienza el autor, para adentrarse en su mitologema por una vía más cercana a nosotros y tomar distancia de los modos modernos de abordarlo. Pues para este tipo de indagación, que

procura una intemporalidad arquetípica, las secuencias cronológicas no son decisivas.

### *Capítulo 1 – ¿Quién es el Prometeo de Goethe?*

Por su relación con el hombre, la más intensa entre los dioses griegos, Prometeo guarda similitudes con Cristo. Pero Cristo es hombre y por eso que haga con él causa común no sorprende; sí en cambio que la fe lo considere Dios. En Prometeo en cambio, por ser un dios, extraña su dilección por el hombre y el subsecuente pasaje por injusticias, tormentos y humillaciones. Pero su vínculo con lo humano es para el griego tan decisivo como para el cristiano el de Cristo con la divinidad. Y el Prometeo de Goethe sirve para la ardua tarea de librarse de conceptos cristianos o gnósticos al respecto.

En su célebre monólogo<sup>1</sup>, invistiendo con ropaje mítico una experiencia estrictamente personal, hace Goethe que de pronto Prometeo diga: “mi tierra”. ¿Qué quiere decir *mi* en el caso?

El fragmento dramático inconcluso, donde el monólogo se ubicaba, aclara que el mundo fue dividido: prefirieron el cielo los dioses, y para Prometeo dejaron el Olimpo y por allí la tierra, por él poseída antes de tal división. No es suya pues porque se la dejaran, ni por haberla creado, sino por ser el terreno de su actividad, que nada tiene ni admite por encima ni por debajo.

Aunque crea con arcilla a los hombres, Prometeo no es un dios, categoría reservada a los celestiales, sino un artesano o artista, capaz de reunir en sus manos cielo y tierra, dividirse de sí mismo, concentrar todo en sí y expandirse hasta formar un mundo. Esto, según Goethe, no pueden los dioses hacerlo. El artista puede configurar así un poder *propio* opuesto con inusitada violencia al de los dioses. El fragmento dramático lo personifica en la figura de Minerva, de cuyo lenguaje no alcanza por eso Prometeo a distinguir el suyo. Con él construye Prometeo una stirpe a su imagen: los hombres que sufren o se alegran, pero que, como él mismo, se desinteresan de los dioses por completo.

A diferencia de los griegos, Goethe hace a Prometeo hijo de Zeus y de una diosa para diferenciarlo de los Titanes, en el antiguo mito sus hermanos. Y lo deja en tenaz oposición también con ellos, que lo acosan íntima y exteriormente. El artista debe vencerlos, sin auxilio celestial, con su potencia creadora.

En su autobiográfico *Poesía y Verdad*, volvió Goethe 42 años después sobre su Prometeo juvenil. Con él atendía, dice, 1) al pesado destino común a todos los hombres y 2) a que ese destino es mucho más duro para quien posee facultades intelectuales superiores. Pues como Prometeo, al margen de dioses y Titanes, había colmado un mundo con sus obras, así el joven poeta pensaba sostener su

---

<sup>2</sup> Por ser poco conocido entre los hispano-hablantes, se añade en apéndice, p. 120, su traducción.

existencia sobre su propia capacidad creativa. Como los antiguos pues, vuelve Goethe al pasado y halla en el mito ancestral un rasgo hasta entonces inexplorado y capaz de dar razón de su existencia individual.

Ese moderno rasgo es el aislamiento, que Goethe acepta decidido. Pues las obras del joven poeta recibían mucha aprobación y no les faltaba inventiva ni entusiasmo. Mas por no contar aún con un verdadero estilo, fallaba en la ejecución de ellas y le era preciso buscar en cada caso modos expresivos nuevos, sin que los demás pudieran ayudarlo. Sólo le cabía aislarse; así redescubre la soledad como dato ancestral de *todo* lo humano. Por eso el Prometeo de Goethe abraza como el antiguo la causa de los hombres, pero sin compartir con el de los griegos la condición titánica. Por el contrario, los Titanes hostilizan a este germánico Prometeo, configurando una mitología nueva. Goethe recoge en cambio de las tradiciones antiguas la representada en un bajorrelieve romano, donde Prometeo forja con arcilla hombres, mientras Minerva nutre su alma. El renovado personaje mítico resulta así un creador, pero opuesto al bíblico, un prototipo del hombre rebelde desde el origen, habitante primero de la tierra y señor de ella, rasgos filognósticos todos con que el Prometeo goetheano preanuncia concepciones de Nietzsche o del existencialismo e incluso las sobrepasa en radicalidad. Por eso el Goethe maduro temía el efecto de este prototipo sobre los más jóvenes.

### *Capítulo 2 – Lo titánico, y la eternidad del género humano*

La paradoja goetheana, el aislamiento en los hombres como su destino *común*, es ajena a los griegos. Oponiéndolo a los dioses, caracterizaban al hombre a la vez como *deilón* (indigente, sometido al temor) y como *deinón* (tremendo, atemorizante): la más terrible de todas las realidades, enseña Sófocles. Y si hay razas o estirpes de hombres que desaparecieron, según Hesíodo, o si en los misterios eleusinos se celebraban festivales periódicos para evitar que el ser humano se extinguiera, la muerte individual no es aquí sin embargo más que un detalle propio del *deilón*, del sometido a la más extrema penuria.

El pitagorismo se inclinaba en cambio a pensar que hombre y mundo existían desde y para siempre, como partes de la *diakósmesis* ordenadora de la que el kosmos resulta. Pero no por eso ubica al hombre en el centro, sino siempre en un extremo del eje en cuyo polo superior están los dioses. Pues sin esta polaridad entre los de vida fácil y los indigentes-terribles, nada puede pensarse entre los griegos.

Sin embargo Hesíodo considera a hombres y dioses surgidos de una misma fuente. Y Píndaro, aunque subraya que de un lado quedó apenas nada y del otro una existencia plena, dichosa e inderogable, afirma también que hombres y dioses recibieron el aliento vital de una misma madre. De Gaia, la Tierra Madre, descienden en el mito ambos. De ello se desprende que el hombre ya no puede ser ni creado ni un absoluto rebelde, sino apenas uno de los polos dentro del

orden cósmico. Y que ni para los griegos arcaicos, como Hesíodo, ni para los clásicos, como Esquilo, podría el hombre ser creado por el prometeico Titán. ¿Pero qué es entonces lo que los Titanes son?

Según Hesíodo, antiguos dioses, engendrados por Gaia (la tierra) con su primogénito Urano (el cielo): corresponden pues al polo celeste de esta cosmología. Pero en su mayoría terminaron en las profundidades telúricas. Y cuando se libraron de ese encierro, para matar a Dionysos por ejemplo, se instalaron entre los *daimones*, que el pitagorismo ubicaba entremedio de los polos mencionados.

Pero no todos compartieron ese destino. Sus hermanas no participaron en la batalla contra los Olímpicos, que los sepultó. Como Phoibe, diosa lunar, quedaron sin combate sometidas a la periodicidad. Alguno, como el sol, permaneció con la minoría divina dominante. Y Océano retuvo rango y funciones.

El Titán Japeto tuvo por descendencia a Atlas, Prometeo y Epimeteo, y además a Menoitios, alcanzado por Zeus con el rayo y precipitado al erebo, eterna oscuridad del submundo, por su insolencia y desmedida virilidad. Pero estas características suelen acompañar a los Titanes, al punto de que Hesíodo asocia su nombre a una tensión obstinada o al condigno castigo de ella. Aunque términos fonéticamente vinculados con Titán también fueron antiguamente explicados como *rey* y *reina*, adecuados para quienes fueron dioses primordiales e hijos del cielo.

Japeto y Kronos, unidos en la *Iliada* para evocar el entero mito titánico, son nombres no helénicos. Éstas y otras indicaciones remitirían a mitos asiáticos, como los hititas, donde las sustituciones divinas tienen por trasfondo histórico los encumbramientos o caídas de naciones o imperios. Estas míticas luchas dieron a los griegos el modelo para la hostilidad de los Titanes contra Zeus y los suyos, que a lo no griego atribuyeron. Por eso Homero se interesa sólo por los Olímpicos. Aunque la mitología arcaica no fue sepultada por completo; resurge en ciertos detalles donde los dioses muestran por ejemplo, como en el Oriente, cierta identificación con los cuerpos astrales.

Por inderogables que los cielos fueran para los griegos, la oscilación no quedaba empero sólo entre los dioses derogados. Este rasgo tan humano puede afectar también a los Olímpicos. Un pasaje de la *Iliada* asegura que a Hera le clavó Herakles en el pecho derecho una flecha que le produjo una pena incurable. Y que otro dios que padeció lo mismo fue atendido en el Olimpo por Peón, el médico divino.

Sin embargo la distancia entre mortales e inmortales seguía allí. Pues si un dios puede herir y curar, o ser vulnerable y curado, también puede el hombre ser sanado en tanto que herido, pero en tanto que humano es incurable. Lo extraño

es que consideren incurable también a la pena de Hera, que para Homero no es una pena sólo espiritual, sino concreta y corpórea. La localización de la herida en el pecho diestro y la periodicidad de sus gozos y sufrimientos testimonian que la vulnerabilidad humana fue remitida al cosmos y ligada con la periódica aparición y desaparición de la luna. Aunque vista desde los dioses la herida de Hera no fuera tan irreparable como los hombres creen, esta diosa de arcaicos rasgos lunares es el ser divino más próximo a los hombres. Sólo que también Prometeo padeció una herida periódicamente renovada y es el único dios griego que necesitó ser liberado y redimido de ella.

### *Capítulo 3 – El mitologema de Prometeo en la Theogonía*

No hay entre los griegos creador ni creación del mundo, sino teogonías que narrando nacimientos de los dioses reconocen diversos aspectos divinos del mundo. El poeta que los ordena en series es un creador artístico que no elabora un mundo de ficción; sólo explora un cosmos que por sí mismo subsiste.

Según Hesíodo tuvo Japeto sus cuatro hijos con la Océánide Klymene; Esquilo lo desposa en cambio con Themis, nombre intercambiable con Gaia, la tierra. Otras fuentes dan por padre de Prometeo también al consorte de Gaia, Urano. Y otras más lo hacen esposo o hijo siempre de diferentes grandes diosas, de Hera incluso. Pero las características de sus hermanos son particularmente ilustrativas.

Dos veces narra Hesíodo la aleccionadora historia del atolondrado Epimeteo, dañoso para el hombre por precipitarse en tomar por esposa al “bello mal”, Pandora, la primera mujer. Extraña que Epimeteo fuera castigado por una falta de su hermano y antes de que existiera el género humano, descendiente según Hesíodo de Deukalyón, hijo de Pandora. Aunque a éste otras tradiciones lo tienen por hijo del propio Prometeo, como si ambos hermanos hubieran sido en el origen un solo ser. Prometeo significa además *el que sabe de antemano* y Epimeteo *el que aprende después*, nombres que no parecen corresponder a una denominación arcaica sino a una interpretación temprana de lo que ellos son. Pero el clarividente Prometeo también termina aprendiendo después de cometidas sus acciones.

Como a Kronos, Hesíodo le dice a Prometeo *agkylomētēs*, el de pensamiento sinuoso, y ambos caen en su propio lazo, *agkylē*, lo que subraya su condición titánica. La sinuosidad va de la mentira y la trampa hasta las invenciones más inteligentes, que también suponen un engañoso modo de vivir. Se ligan así los Titanes con limitaciones de la naturaleza humana, que en especial Epimeteo representa.

Menoitios, significa *el que ruina espera*. Es tal vez el primer mortal, ya que Zeus lo alcanzó con su rayo y lo lanzó al erebo, la tiniebla de los abismos. En el extremo occidental, donde las Hespérides, fue condenado Atlas a mantener

separados cielo y tierra, lo que posibilita la alternancia de día y noche y así el tiempo. La Odisea lo llama *oloophrôn*, destructor, epíteto que bien podría aplicarse a la taimada y peligrosa conducta de su hermano Prometeo, cuya penuria acontece en el Cáucaso, el otro extremo de la tierra conocida. La existencia humana se ubica entre la opresión de uno y el sufrimiento del otro, según los representa un vaso antiguo, donde el águila enviada por Zeus devora a Prometeo encadenado el hígado, vuelto por la noche a crecer para seguir siendo de día devorado (figura 1).



Figura 1

La herida de Hera en el pecho se renueva cada mes, cuando la luz lunar desaparece: la hiere la oscuridad. A Prometeo en cambio el hígado le crece de noche; los antiguos que adivinaban a partir de este órgano oscuro lo identificaron con el mundo propio del cielo nocturno, y oscuro también es el hígado como sede de las pasiones. De él se alimenta el águila, poco más que una metáfora del sol. Por eso aquí es el día quien hace sufrir a la oscuridad a que Prometeo pertenece. La liberación de su herida y vulnerabilidad, puede arcaicamente haber indicado una disminución estelar de la oscuridad. Pero Hesíodo quiere destacar el sufrimiento humano, o sea el contrapolo débil de la intocable firmeza del cielo. Y en la muerte del ave y la subsiguiente liberación, le interesa menos el sufriente que el reinado sin mengua de Zeus, por cuya expresa decisión realiza Herakles la hazaña liberadora. Por eso Hesíodo narra primero este fin de la historia, y sólo después pasa a la invención del sacrificio y el robo del fuego, por las que cielo y tierra quedaron separados y el hombre afincado en un tipo de vida. Salvo que para ello el poeta debe servirse de una mitología remota y re-instalarla en el mundo de su venerado Zeus.

Cuando dioses y hombres disputaban en Mekone, Prometeo trozó un buey disponiendo dos porciones: una para los hombres, con carne y entrañas envueltas por el vientre del animal; otra para Zeus, de huesos hábilmente dispuestos y cubiertos con espléndida grasa. Después de señalarle lo injusto de la división, y de que el taimado Prometeo contestara sonriente, tomó Zeus su parte, y por eso desde entonces ofrecieron los humanos a los dioses sólo huesos fragrantemente aderezados. A causa del engaño decide el Olímpico que el fuego no llegue a los hombres, pero Prometeo lo sustrae y se los da, trasladándolo dentro de una caña de hinojo. Por fin Zeus, a cambio del fuego beneficioso, decide hacer algo maligno (*kakón*), pero muy atractivo para los humanos.

Supuesto queda así que dioses y hombres no estaban al principio separados, arcaico detalle contrastante con la polaridad del mito estrictamente griego. Mekone significa *lugar de las amapolas*: geográficamente se ubicaba en la vecindad

de Sikyón, cerca de Corinto, y mitológicamente donde las diosas ligadas a esas flores, Démeter y Perséfone. Debe haber habido en Sikyón un culto a ellas, desde donde llegara a Hesíodo la noticia de la división allí acontecida. Pues es común que el mito ubique dentro de nuestro mundo hechos que su suerte deciden.

Religiosamente un primer sacrificio crea el mundo o establece en él un orden preciso. El de la Última Cena funda el mundo de la salvación y reconcilia Dios y hombre. El prometeico subraya y explica en cambio su división. Pues a partir de un vínculo común, aparece este sacrificio en medio de una disputa divino-humana y los partícipes quedan así claramente diferenciados. Y ello es justo para el poeta, pues los hombres son por naturaleza decepcionantes decepcionados, como su sacrificio indica.

Detalles arcaicos se integran así en el mundo de Zeus, como la presupuesta indiferenciación previa entre dioses y hombres, o la identificación de Prometeo, en la disputa, con la causa humana. Pues él asume la confrontación con los dioses, y los hombres sufren las consecuencias; él roba el fuego, y su hermano es quien recibe a Pandora, el condigno castigo. Se diseñan así dos identificaciones distintas que parecen anularse mutuamente: la del grupo Prometeo-Epimeteo-género humano por una parte, la de dioses y hombres por otra, lo que podría corresponder, en una mitología antigua, a una confrontación sólo entre dioses, donde más tarde se hizo que los hombres ingresaran.

Porque los hombres están aquí, dice Kerényi, sólo por motivos formales. En lenguaje épico se los llamaba “los que habitan sobre la tierra”, subrayando su pertenencia a este mundo. Y la polaridad dioses-hombres tiene entre los griegos tal fuerza que Jenófanes proclama “Existe un solo dios”, y sigue, “el mayor entre los dioses y los hombres”. Por eso cuando Prometeo abraza, sin que sepamos por qué, la causa de los hombres, éstos ya están allí. Pero la polaridad dioses-hombres no sigue jugando en el relato mítico ningún papel más. En él confrontan Zeus y Prometeo como la naturaleza de cada uno exige. La suya impulsa a Prometeo a pensar sinuosamente. Y al contestar a Zeus con una sonrisa nos recuerda a Hermes. Salvo que la creatividad de éste enriquece la vida divina con su magia juguetona, y el engaño inicial de Prometeo es fuente de graves estrecheces para el hombre.

La narración hesiódica destaca pues a cada paso a Zeus, el de eternos consejos, a quien nada escapa. Cuando pretende burlarlo, muestra Prometeo su falencia: el Olímpico advierte su triquiñuela y se deja timar sin engañarse. Pues su mente es como un espejo que sin distorsión recibe todo y lo refleja; conoce cada cosa y cada acción sin deseo de cambiarlas. Contrasta así con el fútil deseo prometeico de transformarlas, porque su naturaleza deficiente no le permite aceptarlas como son.

Del crimen prometeico deriva que tampoco los hombres acepten lo que es, y deban no obstante soportarlo. Si los dioses no les hubieran ocultado los recursos

vitales, cosecharían en un día para un año entero y el arado y los campos descansarían. Queriendo sustraerles la miseria, les proveyó Prometeo el fuego. Y Zeus pergeñó entonces algo maligno que les alegrara el corazón, aunque los destruyera.

Sólo con la creación de la mujer es completa la victoria olímpica: así el reino de Zeus se afianza en su firmeza, y el hombre oscila entre el epimeteico deseo masculino por la mujer y el afán prometeico de cambiar el mundo con su inventiva. Pero si tal cuadro no termina de ser claro es porque sigue en penumbras la relación de Prometeo con el hombre. Demasiado humanos son su sufrimiento nocturno y su benevolente hurto del fuego en quien era para los griegos un Titán. ¿No se trataría más bien de un hombre o un dios? Para precisar lo acude el autor a tradiciones conocidas por la prosa.

#### *Capítulo 4 – La mitología arcaica de Prometeo*

Prometeo contrasta con Zeus por ser a la vez fuente de corrupción y de salvación para los hombres. Un lexicógrafo tardío lo llama Ithas, heraldo de los Titanes, o Itax, nombre que remite a Itaca y así a Odiseo, el más prometeico de los héroes. Y los artistas hacían muy semejantes las cabezas de Odiseo y Prometeo, ambos astutos y parecidos a Hermes, a menudo con el sombrero puntiagudo de artesano que también a Hefesto y los kabiros solía cubrir.

Por ser heraldo de los Titanes, Prometeo es comparable con Hermes, de quien Odiseo es nieto. Y Hermes, heraldo de los dioses, conecta reinos antitéticos, Olimpo y Hades, oscilando entre los cielos y los muertos. Pero así como los salvajes dioses titánicos, por sus paralelos orientales y sus nombres, sugieren afincamientos solares, así el mencionado oficio de Prometeo no derivaría sólo de rasgos humanos, sino de situaciones astrales también.

Pues como la lunar Hera, padece Prometeo una herida siempre renovada y no remitente a esa disminución anual que es la herida propia del sol. Cotidianamente lacerado, es un mediador que va y viene, a semejanza de un mensajero o de la luna. Lo eligieron heraldo por ser el único lunar entre los solares Titanes. Pero él corresponde al lado oscuro de la luna: la noche lo sana, el día vuelve a herirlo. Y esto lo diferencia de Hermes, nocturnal y viajero como la luna también, pero enteramente ajeno a la oscuridad de ella, y tan relacionado con los dioses celestes como Prometeo con los hombres.

La eviración de Kronos a su padre es un corte definitivo. No las heridas de Hermes al contorno, ni las de Prometeo, indispensables para el sacrificio que une a los heridos con los dioses violentados. Pues el sacrificio supone dos sacrilegios: la muerte del animal y la adquisición del fuego sacrificial, cuya sacralidad comparte todo lo que crece y nos sustenta; por eso su robo es una profanación.

Aunque Hesíodo no lo explicita, Plinio afirma que fue Prometeo el primero en matar un buey. La secuencia natural es: muerte del animal–robo del fuego–

sacrificio. Pero Hesíodo desglosa lo del fuego y lo presenta como un nuevo sacrilegio beneficioso para los hombres, por eso existentes ya. En el himno homérico también Hermes roba, no bien nace, los bueyes a Apolo, hace fuego con un yesquero de su invención, mata dos e instauro el sacrificio a los Olímpicos, entre los que él mismo se cuenta. Así sacrificadores y beneficiarios de este sacrificio se identifican y Hermes no puede representar como Prometeo a los humanos.

De los Titanes distingue a Prometeo su relación con Hermes; de éste su vínculo con el hombre y el humano modo de ser. Ligado a la oscuridad lunar, socorre las carencias que exigen al hombre ofender su contorno y los que allí crecen y lo sustentan. Esto supone un pensamiento sinuoso, que lleva a herir y ser herido a la vez. Corresponde con la luna, que en cuarto creciente sale de la oscuridad, como la hoz a veces en manos de Prometeo, cuya situación astral delimitan también las mujeres ligadas con él.

Kelaino, nombre de una, significa *la oscura*. Otra alude al rubio dorado. Asia, una más, no podría haber indicado el Oriente de no relacionarse con la luz auroral. Se la venera a veces como Atenea-Asia, y con Prometeo tiene Atenea vínculos especiales. Todas evocan penumbras o crepúsculo, como la luna que deja la oscuridad y la conlleva consigo en invisible complemento. Mas ningún fenómeno astral agota la significación de Prometeo, a quien el nombre de otra de sus mujeres lo conecta con los kabiros.

Entre las fuentes antiguas que vinculan dichos seres grotescos con los Titanes, una atribuye a éstos la muerte y el descuartizamiento de Dionysos, circunstancia que los acerca a los kabiros, hacedores de otro tanto con un hermano más joven y cuyos nombres evocan un crimen primordial. Entre ellos se celebraban además misterios –ritos de purificación e iniciación– que Démeter llevó a Prometeo y a Aitnaios, su hijo. Así comienza una narración en clave que llama a los participantes con pseudónimos bastante claros: Aitnaios (de Etna) alude al volcánico Hefesto, ancestro de los kabiros luego llamados hefésticos, herreros como el dios y portadores de martillos.

Aunque heraldo y por eso figura titánica secundaria, entre los kabiros Prometeo fue particularmente venerado como su ancestro o padre. También en Atenas su culto y el de Hefesto se ligaban; en el antiguo recinto sacro de la Academia ambos eran adorados junto con Palas; un bajorrelieve representaba a Prometeo como el mayor, seguramente el padre, y a Hefesto como el menor y el hijo. Entre los kabiros de Lemnos Kadmilo –otras veces hijo de Hefesto– como hijo de Prometeo aparece. Y si Homero prefiere siempre a Hefesto, en contextos más arcaicos Prometeo lo reemplaza. Existe incluso quien lo hace hijo de Hera, lugar de Hefesto en los poemas homéricos.

Ambos requirieron de amores a Palas Atenea, nacida de un corte en la cabeza de Zeus; uno u otro son los parteros, provistos de martillo o de hoz. Pero la hoz

remite a la luna nueva, momento reservado en Atenas para grandes festivales de Palas. Semejante corte, asimismo crimen primordial y sacrificio sagrado, no es mencionado en Homero, pero sí en Hesíodo que omite en cambio el nombre de su realizador. Y ya sabemos que también los kabiros mataron a un hermano y lo envolvieron después en una veste púrpura, en ceremonia de significación secreta pero indudablemente religiosa.

Ciertos seres fueron llamados Titanes y luego kabiros. Hubo pues entre ellos una diferencia original y una paulatina asimilación, a la que sirvió Prometeo, por rasgos propios de su naturaleza. Aunque los griegos jamás los adoraron, los Titanes, dioses anteriores a los dioses, pertenecían para ellos al polo celeste, se ubicaban en las constelaciones, y aunque preferentemente solares, incluían a Prometeo lunar.

También los singulares kabiros eran seres primordiales, pero del otro polo: los hombres de los orígenes. Un vaso muestra a los representantes primeros de la raza humana, seres salvajes ante



Figura 2

el Kabiro dionisiaco y el joven Pais, que lo sirve (figura 2). Identificados con los Titanes, los kabiros son dioses de la esfera oscura de donde la vida brota; con su extrema masculinidad son precursores de las generaciones de hombres más tempranas. De allí que Prometeo, con su titánica oscuridad lunar y su hermano tan masculino como ingenuo, representantes de los humanos ante los dioses luminosos del cielo, encontrara entre los kabiros su lugar. Es un dios –como Hermes y Hefesto, kabíricos también– en el contrapolo del mundo divino, donde mitologías no griegas ubican al hombre primordial.

### *Capítulo 5 – Intermedio metodológico*

El autor precisa aquí lo que de estos temas puede conocerse y comunicarse. Pues hasta de una figura tan extraña como Ithax-Prometeo –heraldo, kabiro y luna oscura colmada como un vaso por la humanidad– puede seguirse el rastro hasta formar una figura viva. Porque *existe todavía* el antiguo cosmos: el *mundo de los hombres*, configurado en figuras míticas hechas de visión, sueño y poesía. Y en las tradiciones que las consideran aparecen dos componentes: el mito o contenido y los diversos modos de representarlo. Pero cuanto más se imponga la creación artística que lo alberga, más difícil reconstruir el contenido a partir de

huellas y fragmentos literarios escasos.

Como sólo una de las tríadas dramáticas de Esquilo se conserva en su integridad, hacia 1824 la literatura científica comenzó a querer reconstruirlas todas. Intentos posteriores sobrepasaron los límites de lo cognoscible: la especulación indemostrable prevaleció sobre lo que humanamente interesa. Es pura gimnasia mental querer extraer de la Orestíada leyes formales que para todas las trilogías valgan.

Lo que al respecto puede conocerse lo leemos de los dramas supérstites, las citas de las obras perdidas, los papiros, desconocidos en tiempos de Goethe. Hoy es posible aplicar a este material tradicional un pensamiento disciplinado, pero también recurrir a material nuevo –papiros, descubrimientos arqueológicos, figuras en los vasos– que apenas si está abriéndose paso entre nosotros. Así nos imbuimos de otros modos de representar y de contenido también, si evitamos conjeturas excesivas.

Sobre Prometeo realizó Esquilo tres tragedias, el *portador del fuego*, el *encadenado*, única conservada, y el *liberado*, y una pieza satírica, el *Prometeo encendedor*. Pero treinta años después del estreno de ésta siguen los vasos griegos representando, como allí el poeta, a Prometeo que rodeado de sátiros sostiene la caña con el fuego que acaba de robar. ¿Por qué tanta persistencia? *Conocer* sobre esto es imposible si descubrimientos futuros no lo abonan. Para profundizar a la vez en el hombre antiguo y en el humanismo como tal, mejor pues la tradición mitológica. Pues hay en las realidades antiguas una luz objetiva, difícil de hallar, que de ellas mismas sale y, una vez encendida, puede ser comunicada. Y así lo habría intentado aquella erudición de 1824 que muchos no vacilarían hoy en despreciar.

Recorridos los poemas de Hesíodo y antes de pasar a Esquilo, todo esto “material tradicional” del disponible en tiempos de Goethe, reconstruye el autor, con tales recaudos metódicos y ese muy fragmentario material que llama “nuevo”, aspectos aún inexplorados del mitologema que le interesa.

### *Capítulo 6 – El mundo en posesión del fuego*

Del *Prometeo encendedor*, la pieza satírica, sólo queda un verso seguro: “E hilachas de lienzo y largas tiras de lino tosco”, instrucción sin duda para hacer antorchas durables dada por Prometeo a los sátiros, quienes en los vasos lo rodean danzando con ellas en las manos en representación de los primeros hombres, figurados de modo semejante. Preparan tal vez una carrera de antorchas, luego propia de festivales atenienses dedicados a Palas, Prometeo o Hefesto. Los vasos indican que Prometeo ha traído el fuego en una caña de hinojo, muy diferente de las antorchas de los sátiros; y para él se reserva el término *pyrphoros*, portador del fuego, que de quienes sólo llevan antorchas lo distingue. Porque el fuego

vino al hombre en un acto único que la carrera de antorchas no repite. Pero en esta sagrada ceremonia, con el fuego ya, puede el hombre circular sobre la tierra como los astros por los cielos.

Un fragmento ajeno a la sátira señala el peligro que el manejo del fuego conlleva: llagas en la cara y vapores mortales sólo pueden referirse al riesgoso trato con un horno para forjar hierro. “Como el chivo, llorarás por tu barba”, dice otro fragmento del mismo contexto.

En una descripción tardía un sátiro, corifeo de la obra, intenta, según su costumbre, abrazar y besar al fuego, exultante ante el prometeico regalo, y Prometeo lo previene. En otra a un corifeo, ¿el mismo?, lo rodean los suyos cantando un estribillo. Sátiros al fin, piensan en atraer al fuego a las ninfas, como a una nueva primavera donde ocurrirá lo de siempre: “Si la ninfa me escucha, la correré en torno del fuego. Confío en las ninfas que en las rondas participan, venerantes del don de Prometeo”. El estribillo repite el final, mientras los versos subsiguientes glorifican al Titán dador de vida. Pero también los hombres participan de la seducción creada por el don ardiente, que hasta a los dioses regocija.

Otro fragmento presenta un coro de Titanes. Tras la liberación de Prometeo, se asombran de cómo retumba la primera fragua instalada por él en el mundo; una como la del santuario kabírico de Samotracia para los anillos de hierro que, a imitación de Prometeo, usaban los iniciados. Una escritora actual, presente ante el funcionamiento de una fragua primitiva en África, reconstruye la atmósfera anexa. El son de la fragua, dice, tiene un mítico atractivo, tan viril que desasosiega a las mujeres. Un son espontáneo que sólo dice la verdad habla con exceso de fuerza alegre y juguetona. Y si los nórdicos aseguran que nadie es responsable de lo que en una fragua dice, también a los africanos se les suelta la lengua en fantasías audaces que el martillo inspira. “El martillo, concluye, le canta lo que usted quiere oír, como dándole voz a su propio corazón”.

Por otros detalles conjetura Kerényi que esta escena debe ubicarse en el Ática. Y saca conclusiones que le permiten convalidar el orden tradicional de las obras en la trilogía, discutido por algunos.

### *Capítulo 7 – El ladrón del fuego*

El don del fuego despierta pues una alegría generalizada, seguida por acontecimientos trágicos inaccesibles, a falta de texto completo. Pero del mitologema puede deducirse su tenor general.

Hermes descubre, sin robarlo, el fuego que para él no es esencial, como sí para Hefesto, cuyo nombre designaba al fuego mismo; a los hombres que antes vivían como bestias, él les trasmite no el fuego, sino su capacidad artesanal. Pero al fuego estos dos dioses no necesitaban robarlo.

La oscuridad es en cambio en Prometeo una deficiencia necesitada de la

sustracción del fuego que la corrija. Y cuando consigue para los mortales esta forma superior de ser, representa una imagen eterna de la imperfecta existencia del hombre; Esquilo la evoca con la figura intemporal de este benefactor de la humanidad cuya potencialidad, como la humana, jamás consigue ser plena.

*El portador del fuego* no estigmatiza a Prometeo como culpable, sino da las bases para el sufrimiento que *El encadenado* muestra desde su inicio. Mientras el hombre, tipificado por el Titán benefactor, está tan obligado como él a obrar erróneamente.

Pues sin fuego la humanidad hubiera perecido, indica la segunda tragedia de la serie, aunque su adquisición sea un crimen, ya que el poder sobre el fuego –y sobre todo lo que en el mundo crece sin intervención humana– es una prerrogativa de Zeus, rector del mundo. El Olímpico está pues en lo justo, como el hombre en el error. Tradiciones antiguas decían que, según Esquilo, Prometeo habría robado el fuego en Lemnos, donde hay un volcán, cerca de un santuario de Hefesto, y una ciudad que al nombre de este dios aludía. Pero la repugnancia con que al comienzo del *Encadenado* aherroja al Titán sugiere que Hefesto no se sentía esquilado por él. También en Esquilo el fuego provenía pues del Olimpo, y fue luego transportado por Prometeo a Lemnos en una caña de hinojo, como la que en algunas islas griegas siguen modernamente usando para lo mismo, repetición de una práctica sagrada inmemorial.

Los lemnios veneraban a los kabiros como habitantes originarios de la isla. Los tenían por hijos de Hefesto y a uno de ellos, el más antiguo, lo creían el primer hombre. Que a los kabiros de allí se los llamara *karkiroi*, cangrejos, sugiere una abigarrada multitud provista de tenazas, como las usadas en las forjas primitivas. Tenían que ser además seres masculinos, pues la tradición los hace emigrar de la isla por hostilidad de las mujeres lemnias. Una tragedia posterior de Esquilo narra cómo estos habitantes primigenios de la isla volvieron a ella, en medio de una exuberancia dionisiaca por la cual dioses y héroes terminaban totalmente embriagados, insólita escena que ya en la antigüedad llamaba la atención. Ninguno de estos detalles sirve al tema que lo moviliza, dice el autor; aunque permiten columbrar las muchas situaciones para nosotros inimaginables, pero en el fondo naturales por completo, que debía contener una tragedia como *El portador del fuego*, de la que hoy queda poco más que el título.

### Capítulo 8 – Prometeo encadenado

Es ésta una tragedia única, no interesada por los héroes, como las demás que conocemos, sino por la cosmogonía. Supone que ya los Titanes fueron derrotados –con ayuda de Prometeo–, quedó instalada la justicia olímpica y decidida la desaparición del género humano. La primera tragedia indicaba cómo Prometeo lo evitó. La segunda, el *encadenado*, que el nuevo orden cósmico está aún en peligro de ser sustituido por otro, lo que preside allí la tensión dramática.

En el *liberado* se elimina por fin esta amenaza y se da por definitivo el orden de Zeus, bajo el cual vivimos.

Al comenzar nos pone la segunda ante Kratos, la Fuerza, que arrastra a Prometeo, y a Hefesto siguiendo a ambos. Kratos es el aspecto inflexible del nuevo orden, al que nada escapa. Hefesto en cambio, como todos los dioses elementales de la obra, exhibe de ese orden un aspecto más benigno, pues los elementos, emparentados con nosotros, nos son amigables. Lo denota cuando Kratos le reprocha se apiade del Titán que él debe encadenar: el sufrimiento de Prometeo, le dice, es un *thauma dystheatos*, un espectáculo que no debiera ser visto.

También así es el que en la *Iliada* exhibe la lunar Hera colgada del cielo y con yunques asidos a sus pies. Pero Prometeo quiere que lo vean y convoca a los elementos, como Hölderlin, con bellas imágenes que acrecientan la dimensión de su dolor. Él los llama sin embargo para que, como ante un tribunal, den testimonio de lo que padece. Sus cadenas son un castigo intolerable, culminante en la tercer tragedia, cuando el águila le devore constantemente el hígado. Mas por encima de ello la causa de esta tortura es una injusticia, con cuya mención termina incluso la obra. Pues Esquilo omite que Zeus negara el fuego a los hombres a causa de un crimen prometeico anterior. Señala en cambio que Prometeo tuvo un *exceso* respecto de la justicia, motivado por su también *exceso* de dilección por los humanos. Esto indica que, puesto en el lugar de los hombres, Prometeo hizo lo que éstos estaban obligados a hacer, ya que sin fuego no les sería posible la vida; y que en el origen de su sufrimiento está la injusticia, connatural también a la existencia del hombre.

Este mundo, el de Zeus, donde tenemos los hombres que vivir, es cuestionado en esta tragedia con audacia inigualada a causa del sufrimiento de Prometeo y, como se verá, de su previsor conocimiento también. Reconocemos allí el límite contra el que debemos rebelarnos como constitutivo imborrable de nuestra existencia. Porque los sufrimientos corporales son comunes al animal y al hombre, pero nosotros los padecemos sintiendo una injusticia ajena al animal. Prometeo ama a la humanidad porque su naturaleza se lo exige. Le otorga el fuego, que los animales no precisan, para que el hombre sea hombre, vulnerable, sufriente y mortal como los animales, pero no sumiso como ellos. Porque el hombre remedia con el fuego una deficiencia propia. Pero adquirirlo lo inhabilita para someterse, y los sufrimientos subsiguientes le resultan castigos incomprensibles, innombrables, hasta que logre relacionar el orden que al animal somete con otro al margen del mundo: un orden de justicia ideal.

Incomprensible e inevitable luce así el sufrimiento de Prometeo, consecuencia de un error que con clara conciencia cometió, y por ello sufrimiento existencial sin ayuda posible; desesperanzador además al punto de que hablar de él, dice a los dioses elementales, es tan penoso como callarlo. En cambio cuando Ío, bajo figura de vaquillona, por él le pregunta, Prometeo

elige callar porque a ella como existencia femenina, indefensa en el reinado de Zeus, le sería insufrible oír del indefenso dolor que es destino del hombre, expuesto a una injusticia inevitable. Porque si Hefesto, dios elemental que se somete, proclama que el existente es un orden de justicia superior, entonces cualquier dolor incomprensible e innombrable tiene que parecer injusto. Tal el castigo que al hombre le cabe por ser hombre.

Goethe se puso a sí mismo en lugar de los dioses, como si eso al hombre le correspondiera. Esquilo en cambio coloca a un dios en la situación humana. Pues Prometeo, abogado y símbolo del hombre, no es un antidiós. Hijo de una diosa versada en el futuro, su conocimiento de lo que viene supera al olímpico, sin que pueda escapar por eso, como tampoco el hombre, a las cadenas de Zeus. Es el primero en sufrir cautiverio, pena y el aguijón de la injusticia. Nada de eso tiene remedio actual, pero lo fortalece para esperar pacientemente el futuro, pues sabe que el orden de Zeus podría ser superado.

### *Capítulo 9 – Prometeo el sapiente*

Dos impulsos deciden el rumbo de esta tragedia: 1) el ya analizado sufrimiento de Prometeo, moral ante todo, como el humano, y 2) su conocimiento secreto. Pues también en Esquilo caracteriza a Prometeo el engaño con que ayudó a la derrota de los Titanes, ya que Zeus carecía tanto de la sinuosidad como del saber previsor que Prometeo heredó.

A Zeus su victoria lo hizo rector y legislador único del nuevo orden, masculino y paternal. Por eso Hefesto, notorio por el vínculo con su madre, se somete al orden paterno denotando un desvergonzado cinismo. Pero el carácter patriarcal del nuevo orden queda más claro aún con la aparición de la femenina e indefensa Ío. Y la amistosa relación del contorno con Prometeo se muestra no tanto en Hefesto como en las ninfas marinas que lo consuelan añorando compartir su destino. Océano, padre de ellas, se apiada también, sólo que con un dejo de cobarde e interesado oportunismo masculino; ofrece una reconciliación con Zeus que Prometeo desprecia.

De su secreto habla Prometeo sólo por alusiones. Pero como por azar el coro de Oceánides anticipa que el dominio de Zeus no tendrá fin hasta que el ahora supremo dios quede saciado o hasta que otro dios lo sustituya. Y Prometeo agrega que algún día Zeus lo necesitará, se acercará a él y un pacífico amor, él cree, reinará entre ambos. Pero con esto no revela su secreto, sólo da expresión a una esperanza acariciada vanamente, lo que sigue mostrando cuán humano es.

El coro de Oceánides se entera de que Prometeo cedió a los hombres el fuego, para los dioses reservado, y las artesanías concurrentes, y el Titán les dice que a esa inclinación por los humanos debe su sufrimiento. Corrobora así que aceptó concientemente el destino del hombre y su connatural dolor como propios. Y como los hombres también, desconocía hasta dónde llegaría el sufrir sobreviniente.

Ante la misión pacificadora de Océano, Prometeo reserva su saber, aunque

dice que a su madre lo debe. Fuentes antiguas lo hacían hijo de la Madre Tierra, Gaia, engendradora de los grandes Titanes. E hija de Gaia es en la tragedia su madre Themis, recta consejera, nada sinuosa como su hijo, a la que Esquilo considera expresión de la regularidad de la naturaleza, pacífica ley que a todas sus creaturas somete. Los nombres de las Horas, sus hijas, se refieren o a rítmicos períodos del orden cósmico concreto –siembra, crecimiento y sazón– o a legalidad, justicia y paz, sesgos de un orden cósmico ideal. Themis indica en suma un orden justo, terreno, maternal que produce crecimiento y fruto.

Y como sabedor de un desarrollo temporal muestran a Prometeo sus declaraciones: creciendo y madurando hay algo a lo que el propio Zeus queda subordinado. Si para Hesíodo o Píndaro el orden de Zeus culminó en su desposorio con Themis, que lo estabilizó, en Esquilo, de existir también este desposorio, sería porque en la batalla contra los Titanes Prometeo puso a su madre del lado del padre olímpico. ¿Pero terminó ella también aquí desposada con Zeus? Sólo sabemos que el conocimiento de Prometeo acerca de Zeus, que su madre le confiara, obligaría a Zeus a acercarse.

El Titán sufriente calla, se dijo, ante Océano. Pero cuando solo con las hijas algo más les informa: un destino se cumplirá sin que pueda Zeus eludirlo. ¿Quiere decir así que el Olímpico no reinará para siempre? No tanto. Prometeo sólo subraya que habrá un tiempo en que será rescatado de sus penurias.

Pero con la sufriente Ío, condenada por Zeus a deambular en figura de vaca por la tierra, irrumpe, además de un fantástico clima arcaico, un nuevo dolor necesitado de consuelo. Y por eso le confía Prometeo dos profecías: que su dolor no cesará si Zeus no es desalojado del poder en virtud de un desposorio del que le nacerá un hijo más fuerte; y que tal desalojo sólo podrá ser evitado si un descendiente de Ío en decimotercera generación liberase al Titán de sus penurias.

Estas asombrosas profecías, únicas en la literatura griega, expresan algo muy semejante a la expectativa de un salvador. Después de doce generaciones Herakles liberará al Titán, sólo si para entonces a Zeus pudiera nacerle un hijo capaz de derribarlo; el oprimente orden de Zeus será así trascendido por algo creciente dentro de él. Pues Ío supone a Prometeo favorable al nuevo dios, pero él espera en verdad, ante la nueva amenaza de disolución, volver a ayudar a Zeus, de modo que su propia opresión y la del contorno queden superadas.

Ío se va y la profecía se convierte en algo más que promesa de liberación. El constreñido reino del Olímpico será sobrepasado. Prometeo no morirá por mucho que deba sufrir, ni desaparecerá la raza humana que él salvó de la destrucción. Pues Zeus, dice, será humillado por una vía que sólo el Titán puede revelar. Cuando nazca ese hijo con armas más poderosas que las de él y las de Poseidón, Zeus será doblegado y aprenderá de eso.

Llega entonces Hermes para solicitar amenazante que Prometeo revele lo que sabe. El Titán se niega, a menos que se lo libere, y Hermes le dice algo que Prometeo, con todo su saber, no preveía: una descarga del rayo olímpico hendirá la tierra, lo sepultará debajo, y cuando salga del abismo será para que el águila le devore periódicamente el hígado. Con la descarga de ese rayo y el temblor de tierra consiguiente la tragedia termina.

### *Capítulo 10 – La profecía prometeica*

Prometeo no busca la caída del reino de Zeus, no espera un salvador estilo budista, gnóstico o cristiano. Piensa no obstante en esa posibilidad que irrumpe, por Esquilo, en la rotunda nitidez del cosmos helénico. Y también Píndaro la alude, mas con una simplicidad que no da pie a ulterioridades escatológicas.

Zeus y Poseidón, dice, rivalizaban en querer por esposa a Thetis, hija del marino dios Nereo. Pero la boda no se realizó por haberles Themis advertido que de la diosa marina nacería un hijo más potente que su padre, con armas superiores al rayo de uno o al tridente del otro. También Esquilo da a Themis este papel y se detiene en las armas superiores. Podría tratarse del préstamo de un poeta contemporáneo al otro, pero en Esquilo el tema adquiere una profundidad cosmológica única. Kerényi prefiere pensar por eso en una fuente tradicional común dentro de la poesía épica prehomérica. Pues uno de sus escasos testimonios subsistentes se refiere a la boda de la diosa Thetis con el mortal Peleo.

En la historia mitológica estas bodas son un punto de inflexión: las hazañas de Zeus quedan desde entonces ligadas con los combates y sufrimientos de los héroes, ejemplarmente culminantes para los griegos ante Troya y en el conmovedor destino de Aquiles: mientras en el polo divino reina Zeus victorioso, en el humano es el hijo de Thetis el predominante.

Hölderlin destaca el carácter de este héroe, su melancolía e inteligencia, su gracia y fuerza leonina que lo distinguen de los demás capitanes griegos. Si en el leal y piadoso Héctor el heroísmo brota de la obligación y de su delicada conciencia, en Aquiles resulta de la exuberancia y belleza de su ser natural, aunque un parentesco profundo ligue a ambos y haga así más trágica su mortal enemistad final.

Pues Aquiles es tan fuerte como vulnerable, la flor más bella y percedera del mundo heroico, destinada a muerte temprana a causa precisamente de su belleza. De allí la inflexión que el matrimonio de sus padres significa: en el destino humano más alto predominaría lo trágico; el más semejante a los dioses asumiría la oscuridad de la vida de un guerrero y sería el más mortal de los héroes. Y para que naciera un hijo como él finalmente Thetis fue otorgada a Peleo, un hombre.

¿Qué hubiera pasado de haberse el padre de los dioses desposado con ella? Bellísimo, fuerte, ajeno al despotismo, ardiente en la ira, tan delicado en la compasión como ante Príamo, ¿cómo sería un mundo regido por alguien así?

Prometeo no se inclina por un salvador de este estilo; no pretende que el reino olímpico y la rotundidad del mundo griego varíen. Pero deja claro que en el mundo de Zeus subsisten imperfecciones, la situación del hombre entre ellas. ¿Habrá entonces salvación posible para él y sus necesidades? De los fragmentos supérstites de la última de las tres tragedias debería columbrárselo.

### *Capítulo 11 – Prometeo liberado*

Prometeo había predicho su liberación por Herakles. Y Hermes le reveló su previa sepultura bajo tierra, de la que saldría para que un águila le devorara constantemente el hígado, pero no sin añadir que semejante agonía no tendría fin a menos que otro dios asumiera sus penurias y descendiera con ellas a las honduras de la muerte. Y con el rayo olímpico que lo sepultaría terminaba la segunda tragedia.

En la tercera Prometeo, retornado del submundo, soporta ya la herida siempre renovada; si antes destacaba su tortura moral, aquí un dolor corpóreo atroz. Por Cicerón sabemos que llama entonces a un coro de Titanes con sus milenios de cautiverio cumplidos, mientras las penurias de él, comenzadas mucho después, continúan aún. Vienen ellos del Sur, desde las aguas donde el Sol refresca su cuerpo y el de sus caballos. Para acabar con sus penurias Prometeo quiere ahora morir. Culmina así su identificación con los hombres, abandonados los complacientes colores de su última esperanza.

No se precisa el lugar geográfico para el sufriente, pero es claro que está en un extremo del mundo mortal, donde los hombres podrían acceder si fueran capaces de soportar semejantes penurias sin morir. Y por estar en el confín, el Cáucaso tal vez, pueden los Titanes acudir desde el país del sol.

Prometeo estuvo en el submundo y ahora otra vez en la superficie, como ser lunar simbólicamente oscilante entre ser plenamente dios y abandonar a los hombres por los que concientemente se condenó, o hacerse humano por completo y entonces morir. Aunque ya la profecía de Hermes se había referido a la posibilidad de que un dios libremente lo sustituyera. Pero para eso debería un dios sentir el descenso al Hades como un alivio para su propio destino. ¿Será eso posible?

Por fragmentos supérstites se sabe que llega entonces Herakles, tal vez de Oriente, camino hacia las Hespérides, una mañana en que el ave debe aparecer para su espantoso festín. Prometeo no está quebrado todavía; ha aprendido a amar la muerte, no a Zeus. El águila se acerca, Herakles ruega a Apolo que su flecha no parta en vano y la mata. Pero como eso no implica la inmediata liberación de Prometeo, mucho cabe conjeturar sobre lo que seguiría. Un autor tardío señala que Herakles, a cambio del Titán sufriente, le ofreció a Zeus a Quirón el centauro, dios que también añoraba morir. Pues por otro texto se sabe que en un combate contra los centauros una flecha arrojada por Herakles hirió a Quirón en la rodilla, con herida incurable, dada la sangre de la Hydra de Lerna embebida en ella.

Quirón se retiró entonces a su cueva como Prometeo al Cáucaso. El más recto de los centauros, el que enseñara a los hombres el camino de lo justo, añoraba escondido su redención o su muerte. El sufrimiento de Prometeo era inherente a la existencia, por lo que alguien tenía que padecerlo. Y libremente Quirón aceptó sustituirlo en gesto que permite hablar de una verdadera redención.

Paradójico. Quirón, que ha enseñado a los hombres también a curar, sufre una herida insanable. Es hijo de Kronos y par de Zeus, pero se desvanecerá en el Hades. Sabe sanar, y ahora morir. Pero todo esto se inscribe en su propia naturaleza, testigo del lado penoso de nuestra existencia.

La segunda tragedia anticipaba sin embargo que antes de su redención Prometeo sería doblegado por el mucho tiempo y el sufrimiento. Pero acaba de recibir a Herakles como hijo de un padre, Zeus, a quien sigue odiando. ¿Cómo llegaría a doblegarse entonces?

Sólo puede saberse que en algún momento habrá advertido a Zeus sobre los riesgos de su desposorio con Thetis. Otras fuentes señalan que tras matar al águila temía Herakles, con la liberación del Titán, seguir ofendiendo a su padre. Entonces Prometeo previno a Zeus y éste en agradecimiento le dio la libertad, con una corona y un anillo como recuerdo de su cautiverio.

De haber optado por el anillo, cabría pensar a Esquilo muy influido por el culto kabírico de Samotracia, donde el anillo testimoniaba el olvido de las faltas previas de los partícipes. Dos espejos etruscos de alrededor del 400 d. C. exhiben colaboradores en la liberación del Titán. Está en uno Apolo con Herakles. En el otro Cástor y Pólux, sustituido el último por Herakles que lleva un anillo, ya que por la muerte del águila también él tenía que recibir perdón. En Samotracia además a ambos gemelos divinos se los consideraba kabiros. Pero nada permite asegurar que fue ésta la solución que Esquilo adoptó.

Un fragmento esquileano dice de la corona que en homenaje a Prometeo y a cambio de sus cadenas comenzaron los hombres a usarla, signo de haber aceptado soportar la existencia humana al modo griego. También los kabiros o primeros hombres llevaban ramas sobre sus cabezas, mientras las coronas parecen reservadas para culminación del ritual. Tras *doblegarse* a sí mismo, como se predijera, *dobló* Prometeo la primera corona: el verbo griego usado en los dos casos es el mismo.

El texto donde Quirón es ofrecido en lugar de Prometeo también indica que Herakles tomó una rama de olivo, “como una cadena”, para sí; su violencia contra el orden de Zeus necesitaba del perdón que la corona expresa. Pero si es lógico que en el Ática se eligiera el olivo, otras fuentes mencionan el *lygos* o agnocasto, cuyas flores dominan el paisaje primaveral en Samotracia y en Samos, isla de Hera.

También los habitantes originarios de Samos usaban guirnaldas de este árbol; bajo uno de ellos nació Hera, según tradiciones de la isla. Y cuando desaparecía, en la fase oscura de su existencia lunar, su imagen cultural bajo un agnocasto se

ocultaba. Una guirnalda de este árbol conviene también a Prometeo, ser lunar comparable con la existencia humana oscurecida por el sufrimiento. De olivo pues o de agnocasto, la corona prometeica es signo de liberación y redención, de reconciliación con Zeus y las duras leyes de su reino luminoso, concientemente aceptadas por un ser sin sosiego, víctima de injusticia, sufriente por su propia oscuridad, expuesto a tormentos sin fin.

Quizás el Titán se curó a sí mismo su herida, o fue Quirón antes de caer arrastrado por la propia pena. Pero en otra imagen de un espejo etrusco, aparece en vez de Quirón quien fue su itálico sustituto. La escena recuerda el descenso de la Cruz. Prometeo acaba de ser soltado de sus cadenas y mientras Herakles permanece sentado, él se apoya sobre un dios, Asklepio, en figura de un bello joven, y sobre una diosa, Atenea. Prometeo no fue un redentor ni jamás los griegos lo veneraron como tal, pero denominaban a Asklepio *sōter*, salvador; eso fue para Prometeo y así para toda la humanidad.

### *Capítulo 12 – Conclusión según Goethe*

Perdidas las palabras de Esquilo para la reconciliación final, halla Kerényi en un poema de Goethe, *Límites del hombre*, más blanda y efusivamente dicho de lo que el poeta ateniense hubiérase permitido, lo más parecido a lo que Prometeo y su redención significan. Se lo traduce aquí del alemán:

Cuando el primigenio,  
el Padre sagrado,  
con tranquilas manos  
siembra desde nubes  
rodantes la tierra  
con benditos rayos,  
beso yo el extremo  
ruedo a su vestido,  
un temblor de niños  
fiel está en el pecho.  
Porque con los dioses  
no deben medirse  
los hombres, ninguno.  
Y si al elevarse  
con su coronilla  
toca las estrellas,  
no existe el que afiance  
los pies inseguros;  
con él juguetean  
las nubes, los astros.

Si con huesos firmes,  
medulares, se alza  
en la bien fundada  
tierra duradera,  
no le alcanza nunca  
para compararse  
ni con las encinas  
ni a la vid siquiera.

A dioses y a hombres  
¿qué los diferencia?  
Muchas son las ondas  
que ante aquellos pasan,  
un torrente eterno;  
las ondas nos alzan,  
las ondas devoran  
y somos hundidos.

Un anillo estrecho  
ciñe nuestra vida,  
las generaciones  
ensamblan, durando,  
el encadenado  
sin fin de su ser.

## APÉNDICE

Versión castellana propia del monólogo *Prometeo* de Goethe.

¡Cubre tu cielo, Zeus  
con neblinas  
y adiéstrate, cual joven  
que descabeza cardos,  
con encinas y cumbres de  
montañas!

Mas tienes que dejarme  
estar mi tierra,  
y mi cabaña, que tú no  
construiste,  
y mi hogar  
por cuyo ardor  
tengo tu envidia.

Bajo el sol no conozco  
nada más pobre que vosotros,  
dioses.

Magramente nutríis  
de impuestos sacrificios  
y alientos de plegaria  
la propia majestad,  
e indigentes seríais, si no fueran  
los niños y mendigos  
esperanzados tontos.

Cuando era niño  
qué hacer no sabía,  
volvía mi extraviado ojo al sol  
cual si hubiera en lo alto  
un oído que oyera mi lamento,  
corazón como el mío  
que tuviera piedad del apremiado.

¿Quién me dio ayuda contra la  
arrogancia de los Titanes?

¿Quien me salvó de muerte  
y esclavitud?  
¿No lograste todo eso por ti  
mismo,  
ardiente corazón sagrado?  
¿No hiciste, bueno y joven,  
engañado, que ardiera  
el agradecimiento por ser salvo  
para quien allá arriba está  
durmiendo?

¿Honrarte yo? ¿Por qué?  
¿Has aliviado los dolores  
jamás del afligido?  
¿Has calmado las lágrimas  
jamás del angustiado?  
¿No me forjaron hombre  
el tiempo omnipotente  
y el eterno destino,  
mis señores, los tuyos?

¿Imaginaste acaso  
que odiaría la vida  
huyendo a los desiertos,  
porque no todo juvenil ensueño  
de flores matinales diera fruto?

Estoy aquí sentado, formo  
humanos  
según mi imagen.  
una stirpe que a mí se me  
parezca  
para sufrir, llorar,  
disfrutar y alegrarse,  
y de ti no ocuparse,  
como yo.

### *Bibliografía*

KÉRENYI CARL, *Prometeo. Interpretación griega de la existencia humana*, Sexto Piso, México y Madrid, 2011.

—————, *Prometheus. Archetypal Image of Human Existence*, Bollingen Foundation, Nueva York, 1963.

ROSSI, ARNALDO, “Karl Kerényi: El médico divino” (reseña), *Ciudad de los Césares N° 93*, Santiago, Chile, 2009.